

NOVENA PARA HONRAR AL ESPÍRITU SANTO

Emite Spíritum tuum, et creabuntur. Et renovabis faciem terre.

A María

A Vos, oh María Inmaculada, esposa dignísima del Espíritu Santo y a quien se reveló, primero que a nadie, el nombre del Espíritu Santo, os ofrece este pequeño don, para que con vuestras manos purísimas lo presentéis al Espíritu Santo, dador de todos los dones, suplicándole me colme de todos ellos y de todas sus gracias para bien de mi alma y de todas las obras buenas que me ha inspirado, a fin de que den la gloria posible a Dios, y el mayor fruto en las almas, como rendidamente os lo suplica el más pobrecito de vuestros hijos, que clama sin cesar a las puertas de la divina clemencia: "Ven, padre de los pobres. Ven, dador de los dones. Ven, lumbre de los corazones, y abrásalos en tu amor, y será renovada la faz de la tierra".

EL AUTOR

Sancti Spiritus del Monte, fiesta del Triunfo del Nombre de Jesús, 14 de enero de 1896.

Advertencia

Aseguraba con profunda verdad y dolorosa experiencia en sus días el apóstol valenciano san Vicente Ferrer, que si el Espíritu Santo hubiese descendido al mundo y dado una vuelta por él en forma de paloma, a guisa de la que soltó Noé después del diluvio, tal vez no hubiese hallado dónde cesar su vuelo y reposar el pie por la mala disposición de muchos corazones. ¿Qué diría el santo apóstol si viviese en nuestros días y viese la corrupción de costumbre que reina en todas partes, y el olvido e ingratitud y hasta desprecio que se tiene por los dones del Espíritu Santo?

¡A cuántos cristianos de nuestros días, si les preguntáramos, como san Pablo a los de Éfeso (Act.19), si han recibido el Espíritu Santo, les oiríamos con sorpresa, que ni siquiera han oído, ni saben si existe el Espíritu Santo! No es de maravillar, pues, que la ignorancia, el error, los siete pecados capitales y los frutos de muerte reinen en nuestros días; porque el pecado que revela mayor y más fea ingratitud en las almas, es sin duda el olvido y el no invocar al Espíritu Santo, porque de Él desciende sobre las almas, como de su propia fuente y origen, todo don perfecto, toda virtud y santidad. Si hay por otra parte tanta devoción en celebrar novenas y fiestas a los santos, ¿cómo se explica que no se hace apenas por nadie novena al Espíritu Santo, del cual recibieron todos los justos el ser santos? El Espíritu Santo es el corazón de la Iglesia, como Cristo es su cabeza. Verdaderamente, este olvido de invocar al Espíritu Santo, es una de las señales más fatídicas de nuestra época actual. Llena de orgullo y de ciencia que hincha, se cree que se basta a sí misma y no reconoce, *¡insensata!*, que sin el Espíritu Santo ni siquiera podemos *pronunciar el nombre de Jesús* provechosamente. ¡Cuánto menos hacer ninguna obra buena! (1ª Cor. XII, 3).

A remediar este defecto gravísimo, capital, se dirige esta novena, que podrá hacerse en todo tiempo, o siempre que se necesita alcanzar luz y gracia del cielo en algún negocio arduo o difícil, de los que tantos se ofrecen en la vida; pero más especialmente como preparación a la gran festividad de Pentecostés.

Sin la asistencia del Espíritu Santo, repetimos, es de fe que nadie puede ni pensar, ni desear, y mucho menos hacer ninguna obra meritoria de vida eterna. De aquí es que todos tenemos grandísima, o mejor, absoluta necesidad de la gracia del Espíritu Santo, de invocarle sin cesar. El alma inocente, agradecida al Espíritu Santo por lo pasado, pero temerosa por el porvenir, debe repetir continuamente: *No retires de mí tu Santo Espíritu* (P.50).

El pecador, doliéndose de su mala vida pasada y por recobrar la gracia perdida, debe clamar también de continuo: *Renueva en mis entrañas el Espíritu Santo*. El perverso que por la penitencia ha recobrado la gracia, celoso de conservar tan gran tesoro, debe también pedir sin intermisión: *Confírmame en tu espíritu principal*.

La novena del Espíritu Santo es, por fin, la primera novena practicada en la Iglesia y por orden del mismo Cristo Jesús nuestro Redentor. Por consiguiente, en unión y compañía de la Virgen santísima, de los apóstoles y de los primeros fieles de la Iglesia, hagamos esta novena algunas veces al año, cuando necesitemos luz, acierto, consuelo, fortaleza en algunos de nuestros negocios; hagámosla con el mismo espíritu de recogimiento y oración con que la hizo María santísima, con toda fidelidad y devoción acompañada de obras santas y grandes deseos y súplicas del corazón, y obtendremos, estemos ciertos, todo lo que sea conducente para nuestra salvación, por don del Espíritu Santo.

Por caridad pide una súplica al Espíritu Santo a todos los que se aprovechen de este librito,

ENRIQUE DE OSSÓ, Pbro.

DÍA PRIMERO

Se empieza así: Por la señal, etc. y en seguida se canta o se reza el siguiente:

Himno

Veni, Creátor Spiritus, etc.

V. Emitte Spiritum tuum, et creabuntur

R. Et renovabis faciem terrae.

Oremus. Deus, qui corda fidelium Sancti Spiritus illustratione docuisti: da nobis in eodem Spiritu recta sapere, et de ejus semper consolatione gaudere. Per Christum Dominum nostrum.

Oración para todos los días

Espíritu Santo Dios, Amor sustancial que procedéis del Padre y del Hijo, y con ellos sois adorado y glorificado. Yo os reconozco, os adoro y os amo como a mi Dios, mi Creador y Santificador. Vos sois el Espíritu de verdad, de amor y santidad, que vivificáis al mundo. Iluminadnos, pues, a todos con vuestra verdad, inflamadnos con vuestro amor y santificadnos con vuestra gracia. Vos sois el dador, dispensador y autor de todos los dones, la fuente de todo consuelo, el principio de todas las gracias, de toda bienaventuranza y paz. Renovad, pues, la faz de la tierra, sedienta de vuestra verdad y de vuestro amor.

Resplandezca una vez más vuestra infinita misericordia y amor. Oh Espíritu Santo Dios, Padre de los pobres, santificad al mundo, a la sociedad actual que no os conoce ni quiere conoceros, que huye de vuestras luces, resiste a vuestras inspiraciones, rechaza vuestras verdades. Venid, oh padre de los pobres, a mi pobrecita alma, que tanto os ama y desea recibirlos; desapegad mi corazón de todas las criaturas y llenadme de vuestro amor y de vuestros dones, para que con el Padre y el Hijo yo os glorifique ahora y siempre por las gracias que os pido en esta novena. Amén.

A María Inmaculada

¡Oh María Inmaculada!, Virgen y Madre de Dios y esposa dignísima del Espíritu Santo, a quien fue revelado este nombre antes que a todos al obrarse en vuestras purísimas entrañas el misterio de la Encarnación del Verbo, por obra del Espíritu Santo. Vos sois, oh María, la única criatura llena de gracia y hermoseedada con toda la plenitud de sus dones y frutos en la venida del Espíritu Santo.

Por esto os ruego humildemente que me concedáis piadosa la gracia de hacer esta Novena en vuestra compañía y de los apóstoles con el mismo espíritu de recogimiento, oración, amor y deseos con que vos la hicisteis, para que quede lleno del Espíritu Santo, de sus dones, de sus frutos y de sus gracias, y haga santos a los demás con su ayuda y vuestra intercesión. Amén.

Meditación

¿Quién es el Espíritu Santo?

Punto primero. Hay un solo Dios vivo y verdadero y tres personas distintas, que se llaman Padre, Hijo y Espíritu Santo, o sea la Trinidad Beatísima, iguales en esencia, en dignidad, en todas las perfecciones.

El Hijo es engendrado por el Padre en los resplandores de la eterna gloria; por eso se llama su Verbo, su Sabiduría. Engendrando el Padre al Hijo, le ama y es amado por el Hijo con amor necesario, eterno, infinito; y Padre e Hijo, los dos juntos, por este amor producen un ímpetu e impulsos de su divina voluntad, que llamamos Espíritu Santo, comunicándole su divinidad, que por eso se llama también amor del Padre y del Hijo.

El Espíritu Santo, pues, es la tercera persona de la Santísima Trinidad. Dios como el Padre y el hijo, ya que del uno y del otro procede, y que con el Padre y el Hijo debe ser igualmente adorado, amado y glorificado. Es autor de toda santidad, dador de todo bien. Dios es espíritu y lo espiritual no tiene más que dos caminos para comunicarse: el entendimiento y la voluntad.

Cuando se comunica por el entendimiento, engendra la persona del Hijo; cuando se comunica por la voluntad, produce la persona del Espíritu Santo.

Mas, esta divina e infinita bondad ¿deberá permanecer estéril e infecunda en la persona del Espíritu Santo, sin poderse comunicar a otros, como ardientemente desea? “¿Por ventura yo que comunico la fecundidad a los otros seré estéril?” (Isai. 66, 9). ¡Oh! no es posible. Verdad es que esta bondad no podrá comunicarse dentro de Dios; mas sabrá producir un Dios-Hombre fuera de Dios. "El Espíritu Santo descenderá sobre ti, dijo el arcángel a María al ser Madre de Dios, y la virtud del Altísimo (el Espíritu Santo) te cubrirá con su sombra, y nacerá de ti el Santo, el Hijo de Dios".

Mas no bastó esta invención de su amor para dejar de comunicarse el Espíritu Santo: hará nacer para este fin un número incalculable de hombres que tengan el alma formada a imagen y semejanza de Dios, y el Espíritu Santo se derramará sobre estas almas y las llenará de toda bondad y santidad, de todos sus dones. Porque es espíritu de sabiduría, la instruirá; porque es espíritu de gracia, la santificará; porque es espíritu de amor, las unirá con Dios; porque es espíritu de paz calmará las pasiones; porque es espíritu de fortaleza, les arrancará del amor del mundo; de alegría, les consolará; de humildad, de obediencia, les hará sentir bajamente de sí, y por fin, les hará hijos de Dios, derramando su espíritu, con el cual clamamos; Padre, Padre.

¡Oh Espíritu Santo Dios, igual al Padre y al Hijo en magnificencia y gloria! Hazme entrar en posesión del reino de Dios aquí en la tierra por la gracia, y en el cielo por la gloria, para glorificarte y adorarte con el Padre y el Hijo por los siglos de los siglos. Amén.

Punto segundo. Formas y títulos: Admira, alma mía, las admirables formas con que se ha revestido el Espíritu Santo y ha aparecido a los hombres, para significarnos por ello la diversidad de afectos que venía a obrar en las almas.

En el Bautismo de Jesucristo se apareció bajo la forma de paloma, para significarnos la inocencia y fecundidad de las buenas obras; efecto de la gracia que nos da el santo Bautismo. En la Transfiguración mostrose en forma de nube resplandeciente, para designar la lluvia abundante de su doctrina y la protección que dispensa a sus fieles. En el cenáculo Cristo lo comunicó con un soplo, para mostrarnos la vida espiritual que se nos da por los Sacramentos. Y por fin, en el día de Pentecostés apareció en forma de viento tempestuoso, para darnos a entender la eficacia de la predicación de los apóstoles, y de fuego, porque a semejanza del fuego, el Espíritu Santo purifica, ilumina, inflama a las almas y eleva sus pensamientos a las cosas celestiales.

Todas estas gracias y dones, alma mía, puedes esperar de la bondad del Espíritu Santo, si como siervos te aparejas dignamente a recibirle, y eres dócil a sus inspiraciones; porque más ganoso está de comunicártelos, que tú de recibirlos.

Pondera, por fin, los otros títulos que tiene además el Espíritu Santo, para moverte mejor a su devoción y a recibirle. Llámase *Paráclito*, que quiere decir consolador, porque nos consuela; y *abogado*, porque mantiene y defiende nuestros derechos en el cielo, fundados sobre los méritos de Jesucristo. Llámase *espíritu recto, principal, bueno*, a causa de su divinidad. Llámase *dedo de Dios*, porque procede del Padre y del Hijo, o porque distribuye los dones del cielo como le place. Otras veces se llama *unción espiritual*, por la alegría que infunde al alma y por el ardor de la caridad; *fuego*, porque con el ardor de la caridad limpia nuestra alma de la escoria de los pecados y defectos cotidianos, y la renueva, y la inflama en la nueva vida de la gracia.

Verdaderamente, alma mía, tienes en este solo Espíritu Santo cuanto puedes desear para tu felicidad temporal y eterna. ¿Cómo, pues, no te haces muy devota suya? ¿Por qué no te afanas por merecer su amor y su protección? ¿Por ventura puedes hallar otro esposo, otro amigo, otro amante, otro Padre mejor que este Espíritu consolador? ¡Oh!, póstrate en su presencia, pídele perdón del olvido culpable en que has tenido su devoción, y dile con la santa Madre Iglesia, una y muchas veces: Venid a mi alma, Padre de los pobres; venid a mi alma, dador de todos los dones; Venid a mi alma, lumbre de los corazones, y tomad posesión de ella para siempre. Llenadla de vuestros dones para que persevere en vuestro servicio, alabanza y amor, hasta veros, adoraros y ensalzaros en la gloria eterna, donde vivís y reináis con el Padre y con el Hijo. Amén.

Ejemplo: *La venida del Espíritu Santo*

Verificada la Ascensión del Señor a los cielos, estaban los apóstoles reunidos en el cenáculo con otros discípulos y María, Madre de Jesús, preparándose en el silencio del retiro a la venida del Espíritu consolador, que Jesús les había prometido. Vivían los corazones en la más estrecha unión y en el continuo ejercicio de la oración; cuando el día décimo, que era el de Pentecostés, hacia las nueve de la mañana, se oyó de repente un gran ruido, como de un fuerte torbellino. Conmoviose hasta los cimientos de la casa donde habitaban. Apareció en los aires un globo de fuego que dividiéndose en forma de lenguas, fue a ponerse sobre cada uno de los que estaban allí reunidos. Entonces fue cuando llenos todos del Espíritu Santo, se sintieron cambiados de repente en hombres nuevos. Salen luego del cenáculo, y comienzan a predicar el Evangelio en Jerusalén, a donde la solemnidad había atraído una prodigiosa multitud de judíos de todas las naciones. Al oírles hablar cada uno en su propia lengua, estaba toda la ciudad en admiración, y así se convirtieron muchos millares de judíos.

En vano intenta la sinagoga contener los progresos de los apóstoles; lejos de amedrentarles las cárceles y los tormentos, se alegran, al contrario, de sufrir algo por el nombre de Jesucristo. De suerte que estos hombres, hace poco tan groseros y tímidos, se proponen ahora nada menos que la conquista del universo. Dentro de poco, el mundo entero sonará con su predicación, y se admirará de verse hecho cristiano.

(Hechos de los apóstoles).

Práctica. Invoca en todas tus obras la asistencia y luces del Espíritu Santo.

Jaculatoria. Concedednos, Señor, vuestro Santo Espíritu y todo quedará renovado.

Recemos tres Padrenuestros en obsequio del Espíritu Santo, pidiendo su gracia.

¡Oh Espíritu Santo Dios, Espíritu de verdad, hacednos verdaderos en todo y que nunca resistamos a vuestras inspiraciones! Enseñadnos a hacer la voluntad de Dios en todas las cosas.

Pater noster, etc.

Spiritus Sancte Deus, Miserere nobis.

¡Oh Espíritu Santo Dios, Espíritu de amor y de consuelo! Unidos a Dios para siempre por el amor, y haced que hagamos siempre vuestra divina y santísima voluntad.

Pater noster, etc.

Spiritus Sancte Deus, Miserere nobis.

¡Oh Espíritu Santo Dios, Espíritu de gracia y santidad! Santificadnos con vuestros dones y frutos, en vida, en muerte y por toda la eternidad.

Pater noster, etc.

Spíritu Sancte Deus, Miserere nobis.

Pídase la gracia especial que se desea alcanzar en esta Novena.

DÍA SEGUNDO

Estupendos prodigios obrados por el Espíritu Santo

Punto primero. Para cobrar especial amor y devoción soberana al Espíritu Santo, alma mía, te ayudará sobremanera el considerar los estupendos prodigios que ha obrado sobre la tierra. El mismo Espíritu vivificante que aleteando sobre las aguas (G.12) dio en la creación la vida a los seres, en la plenitud de los tiempos vino a reformar el mundo corrompido, a vivificarlo con su gracia. Mas ¡cuánta oposición había para ello! El género humano gustó todos los *frutos de muerte* después del primer pecado, y sentado estaba, como el hijo pródigo, en las tinieblas y sombras de la muerte, alimentándose del pasto vil de las bestias, apacentando inmundos animales, bajo la férula del mayor y más cruel de los tiranos. Todo era Dios y adorado como Dios, menos el verdadero Dios.

Huesos áridos había sobre la faz de la tierra, después de más de tres mil años que reinaba en ella la más espantosa idolatría. Todos los errores, todos los vicios, todas las injusticias y pecados más abominables y nefandos tenían su dios, que les abonaba y santificaba.

Más aún: si el Dios verdadero era conocido y adorado en un rinconcito del mundo, en la pequeña Judea, y el Hijo de Dios se había hecho hombre, y por espacio de tres años había predicado la doctrina del cielo, y se había rodeado de doce apóstoles para enseñársela, no obstante, a pesar de estar tres años con estos sus discípulos escogidos en la escuela del Verbo del Padre, que tiene todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, y de conversar con Él, les tiene que decir, poco tiempo antes de dejar este mundo, que *todavía estaban sin entendimiento. (Mat. 15).*

Estaban al lado de la infinita verdad y no la veían ni conocían; la tocaban con sus manos sin comprenderla; la oían sin entenderla; la poseían sin gustarla, y ciegos estaban en el mismo seno de la luz increada.

Las palabras de este Maestro eran para ellos intrincadas parábolas, enigmas incomprensibles. Mas ¿qué pasa luego de descender el Espíritu Santo sobre el cenáculo el día de Pentecostés? ¡Oh milagro de milagros!... Al punto se obra la revolución más grande y admirable del género humano: se renueva la faz de la tierra, se derrumban el paganismo y judaísmo; de una generación de esclavos se hace un nuevo y admirable ejército de hijos de Dios, se transforma el mundo por la transformación de los apóstoles, y por medio de doce idiotas pescadores, cambia la faz de la tierra: leyes, creencias, costumbres... y es, por fin, adorado y amado como Dios por todo el mundo, un judío muerto en el infame suplicio de la Cruz por los sacerdotes y escribas de la ley; y esa Cruz es puesta como signo de gloria y es llevada por los reyes en sus coronas.

¿Quién no exclama aquí: *digitus Dei est hic?* Aquí está el dedo de Dios, esto es, el Espíritu Santo que ha obrado el mayor de los milagros. ¡Oh Espíritu Santo Dios, principio de todo consuelo, de toda santificación, de todo amor y paz! ¡Oh si Tú descendieses otra vez sobre el mundo y renovases la faz de la tierra! Más necesitada está hoy que en los días de los apóstoles, porque ahora no se quiere ver. A lo menos descende sobre mi alma y llénala de tu amor.

Punto segundo. ¡Oh Espíritu santificador universal, Maestro de toda verdad y vivificador de todo lo muerto! Yo te adoro y te amo, te alabo y glorifico por esta transformación del mundo, por esta renovación perfecta y regeneración universal. A Ti solo sea la gloria de estos nunca vistos prodigios, con el Padre y el Hijo, un solo Dios verdadero. Tú iluminaste las almas con tu luz divina, Tú las reformaste con tu verdad y virtud, Tú las perfeccionaste con tu santidad. El pueblo que estaba sentado en las tinieblas del error y del vicio, *vidi lucem magnam*, vio una grande luz, la siguió, y fue creada y renovada la faz de la tierra. Y para que todos adorasen y confesasen tu omnipotencia, oh Espíritu vivificante, escogiste para ayuda de tu brazo en esta obra, la más admirable de la diestra de Dios, a doce pobres e ignorantes pescadores, para que

fuesen por tu gracia, los doctores de las naciones, los santificadores de los pueblos, los conquistadores de todo el mundo.

Un diluvio de agua castigó al mundo pecador para purgarle de sus crímenes. Mas en la ley de gracia un diluvio de amor divino, de Ti, oh Espíritu Paráclito, procedente, es enviado a la tierra para lavarla, purgarla, hermosearla. *Vos autem baptizabimini Spiritu Sancto (Act.1).*

Así Tú todo lo vences, todo lo purificas, todo lo ennobleces, todo lo divinizas; mas es con el amor, porque Amor eres, eterno, sustancial y divino del Padre y del Hijo, que te derramas por la caridad en nuestros corazones.

¡Oh habitante soberano y amoroso de mi corazón! haz que nunca te contriste por el pecado, por la ingratitud, por el desamor. Obra en mi alma otro prodigio de tu gracia, como lo obraste con los apóstoles y por ellos con todo el mundo. Entra en mi pecho con toda la bandada de tus virtudes, de tus dones, de tus frutos, de tu gracia; y transfórmame en apóstol de tu gloria.

¡Oh Luz beatísima! llena los corazones de todos tus fieles. También la tierra cristiana va oscureciéndose y corrompiéndose, porque resiste a tus luces y no quiere recibir tus dones y tus gracias. ¡Ay! Su estado final será peor que el más degradante paganismo, porque ahora no se quiere ver, quieren ser rebeldes a la luz, atacan o impugnan la verdad conocida y adoran a Lucifer.

¡Oh Espíritu de verdad! obra otra vez tus prodigios de amor, de luz y de paz. No haya más que un solo corazón y una sola alma en toda la gran familia cristiana, y Tú vence, Tú solo reina en todos los corazones por la verdad y amor, con el Padre y el Hijo. Amén.

Ejemplo: *El Centurión Cornelio*

Después de la visión misteriosa que tuvo san Pedro estando en Joppe, habiendo recibido el expreso que el centurión Cornelio le había enviado, vino a Cesarea, en donde halló en casa de este oficial, una reunión numerosa que le esperaba y que estaba dispuesta a oír de su boca lo que el Señor quería enseñarles en orden a su salud. San Pedro les expresó a la vez el objeto de su venida y luego tomando la palabra Cornelio, refirióle sencillamente lo que le había sucedido: cómo se le había aparecido el ángel, la orden que le había dado de parte de Dios para que le enviase a buscar a Joppe, a fin de que le enseñase el camino del cielo. Para esto, pues, nos ves aquí reunidos, le dijo, y prontos a escucharte, y para saber de tu boca lo que el Señor te ha mandado que nos digas.

Absorto san Pedro al ver una conducta tan admirable de la Providencia con un extranjero y con un gentil, exclamó lleno de alegría y de admiración: Hasta ahora no se había Dios manifestado liberal más que con los judíos, y parecía que sus gracias estaban reservadas solo para ellos; pero ya estoy convencido, que en cualquier nación, sea la que quiera, el que le teme y hace obras de justicia le es agradable. Habiéndoles

hecho en seguida el santo apóstol un compendio bastante circunstanciado de la vida de Jesucristo, de su predicación y de sus milagros, y habiéndoles probado invenciblemente que era el Mesías por tanto tiempo esperado, verdadero Hijo de Dios y el Salvador del mundo; les contó cómo los sacerdotes, los doctores de la ley y los fariseos, llevados de una envidia maligna, habían tramado su muerte, y que por más que Pilatos, ante quien le habían acusado, reconoció su inocencia, no pararon hasta hacerle morir en cruz; pero que al tercer día había resucitado, como él mismo lo había predicho; que ellos eran todos testigos...

Aún no había concluido san Pedro de hablar, cuando el Espíritu Santo, bajo la forma de una nube luminosa, descendió visiblemente sobre todos los que le escuchaban, y en el instante se les oyó a todos bendecir al Señor y glorificarle en todas lenguas.

Práctica. Oye con agrado la palabra de Dios, y consagra los lunes, y en especial los días de retiro mensual, a honrar al Espíritu Santo.

Jaculatoria. No permitáis, Señor, que se aparte jamás de mí vuestro Espíritu Santo.

Recemos tres Padrenuestros, etc.

DIA TERCERO

El retiro, bella disposición para recibir el Espíritu Santo

Punto primero. No basta, alma cristiana que quites de tu alma todo impedimento de pecado, sino que es menester que la prepares y hermosee con buenas obras. Nuestro mismo Señor Jesucristo fue el primero que enseñó a los apóstoles, y en ellos a todos los fieles, las disposiciones que debíamos procurar para recibir al Espíritu Santo. Así, antes de subirse a los cielos el divino Maestro instruyó a los apóstoles para prepararlos a recibir al Espíritu Santo, diciéndoles: Vosotros sentaos, estaos quietos, no os mováis de la ciudad hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto, esto es, seáis revestidos del Espíritu Santo, por dentro y por fuera, como con armas inexpugnables de la virtud de lo alto. Por esto, luego que vieron subirse a los cielos a Jesucristo, se retiraron a Jerusalén todos sus discípulos, y reunidos en devoto retiro, esperaban que viniese sobre ellos el Paráclito prometido.

Pondera aquí, alma mía, cuán bueno es Jesús y cuánto ama a sus hijos, pues no quiere que salgan a batallar contra el mundo y el demonio, sino después de haberlos armado y dispuesto para la victoria con las luces, los dones, las gracias y la fortaleza o virtud del Espíritu Santo. Conoce mejor que todos tan divino capitán la flaqueza de sus discípulos, pues al más valiente y decidido le había hecho caer en juramento falso la débil voz de una mujerzuela. Sabía que el combate era de los más rudos, porque debían enarbolar la bandera de ¡Viva Jesús! frente a frente a la de Satanás, príncipe que estaba en posesión armada de todo el mundo, y que debían acoger bajo su bandera a reyes y pueblos, a bárbaros y a tiranos, a sabios y a ignorantes. Mas ¿cómo podrán unos rudos y tímidos pescadores obrar tantas maravillas?... El Espíritu Santo lo

hará todo: Él hablará por su boca, Él mudará su rudeza, Él cambiará la faz de la tierra. Solo falta que los apóstoles se preparen para recibirlo, y el primer encargo que les da es este: *Sedete*; estad quietos, retiraos en paz. Y así lo hacen: viven retirados del comercio humano, se apartan del bullicio del mundo, no se cuidan de los negocios de la tierra, para recibir como se les ha mandado, en el secreto del retiro la gracia y la virtud del Espíritu Santo que les ha de cambiar en otros hombres. Y por este medio consiguen la gracia del Espíritu Santo, que les convierte en luz del mundo, en sus maestros y conquistadores.

¡Oh alma mía! ama el retiro y la soledad, sobre todo en tu corazón, y disponte por ella a recibir la plenitud del Espíritu Santo. Jesús te lo manda. Los apóstoles así lo practican. ¿No querrás tú imitar tan bello ejemplo? ¿Cumplir tan santo mandato? Huye, calla, reposa, y el Espíritu Santo vendrá a morar en ti con gozo.

Punto segundo. Si quieres recibir el Espíritu Santo, alma mía, prepárate primeramente procurando soledad, retiro, si no puedes real, a lo menos en tu corazón.

Separando nuestro corazón del afecto a las cosas mundanas, y retirándonos a menudo a la soledad del corazón, Dios hablará a nuestra alma, le descubrirá sus faltas, le dará sus luces, su fortaleza y su gracia.

En la soledad o retiro es cuando habla el Señor al alma y le hace preparar sus caminos y le apareja digna morada. Mas poco son los corazones que moren en soledad, y por eso son muy pocos los que oyen su voz. *Non in commotione Domine*. El Señor no habita en la conmoción, en el tumulto, en el ruido; por eso son pocos los que reciben los dones del Espíritu Santo.

¡A cuántas almas haría oír mi voz, si quisiesen oírme! dijo un día el Señor a su amada esposa santa Teresa de Jesús. Mas ¡ay!, ¡el mundo y las pasiones hacen demasiado ruido a sus almas, y no les dejan oír mi delicada voz! De aquí viene que muchos cristianos ¡oh dolor! si se les pregunta si han recibido al Espíritu Santo, deben responder como los Efesios: No sabemos si existe el Espíritu Santo. (Act. 19). Así viven una vida material, inclinados a la tierra, llena su alma de deseos y pensamientos de cosas terrenas, y no se acuerdan apenas de alzar sus ojos al cielo y suspirar por aquella vida de arriba, ¡que es la vida verdadera!

¡Qué desgracia! En el santo Bautismo recibieron el Espíritu Santo, fueron consagrados templos del Espíritu Santo; mas hoy estos templos sagrados están profanados; solo se ven en ellos ruinas y desolación.

¿Eres tú, alma que esto meditas, uno de estos templos desolados? Si tanto dolor nos causa ver los templos materiales profanados ¿qué debe ser los templos vivos? ¿Qué debe ser el nuestro? Procura, pues, que tu corazón more en soledad, y mira si está en ruina el templo de tu alma por algún pecado, y repáralo en estos días con el retiro, la oración y las buenas obras; para que de esta suerte se goce en ti el divino Espíritu y te enseñe a pasar por estos bienes temporales sin que pierdas los eternos. Amén.

Ejemplo: *Conversión de los samaritanos*

Habiendo llegado a Jerusalén la fama de la conversión de los samaritanos, por medio de Felipe, uno de los siete diáconos, los apóstoles que se habían quedado allí, y que querían sostener la obra del Señor, resolvieron enviarles a Pedro y a Juan para afirmarles en la fe y para arreglar todas las cosas en esta nueva Iglesia.

El principal motivo del viaje de los dos santos apóstoles a Samaria, fue a fin de dar el Espíritu Santo, por la imposición de las manos, a los que acababan de ser bautizados, administrándoles el sacramento de la Confirmación. Así que les impusieron las manos, Dios, que en aquellos primeros tiempos quería dar a conocer con señales exteriores y sensibles los misterios de la gracia, les envió, bajo una forma visible, su Santo Espíritu sobre todos los que habían recibido el sacramento de la Confirmación.

Créese que esta forma visible bajo la cual el Espíritu Santo descendió sobre los que acababan de ser confirmados, era una especie de lenguas de fuego, semejantes a las que descendió sobre los apóstoles y los discípulos en el día de Pentecostés, si bien tal vez esto sucedió aquí con menos ruido.

Práctica. No resistir jamás al Espíritu Santo, a las luces de su verdad y de su amor, y reza las letanías al Espíritu Santo.

Jaculatoria. Abrasadme, Señor, con el fuego del divino amor.

Recemos tres Padrenuestros, etc.

DIA CUARTO

El deseo es bella disposición para recibir al Espíritu Santo

Punto primero. Son los deseos como las alas que levantan el corazón. Son los deseos como las flores del alma, las cuales anuncian que esta dará su fruto, si se sabe guardarlas, cuidarlas, protegerlas; y así como sin alas no se puede volar, y sin flores no se dan los frutos, así en el alma, si no preceden estos vivos deseos, estas hermosas flores, no se siguen las obras santas, los frutos de bendición. San Juan Crisóstomo dice que no quiso el buen Jesús descendiese el Espíritu Santo sobre sus discípulos mientras estuvo con ellos, o sea antes de subirse a los cielos, porque era preciso que antes de recibirlo lo hubiesen deseado. Por esto pasan diez días suspirando y deseando que descienda el Espíritu consolador, y acordándose de su promesa, le dicen con profundas ansias: ¡Oh Jesús nuestro y Maestro santísimo! Mira cómo nuestras almas desfallecen suspirando por recibir el Espíritu Santo, Espíritu de verdad que procede del Padre y que Tú nos has dicho que nos enseñará todas las cosas.

¡Ay, qué larga es esta espera! ¡Qué días más amargos! ¡Ven, oh Espíritu Santo, y envíanos un rayo de tu luz! ¡Ven, Padre de los pobrecitos, como nosotros somos! ¡Ven, dador de todos los dones, que necesitamos todos para convertir a las gentes! ¡Ven, lumbre de los corazones, y será renovada la faz de la tierra! Libra de la dura esclavitud

a tu pueblo predilecto de Israel; rompe las cadenas de la servidumbre del pecado que aprisionan a todas las gentes.

Estos deseos, alma mía, son la preparación mejor, o la señal inequívoca de la próxima venida del Espíritu Santo a las almas, porque como es el don de los dones de Dios, quiere antes de dárnoslo, que lo deseemos, como la prenda de más valor. Procura, pues, ser alma de grandes deseos, que esto hará, como enseña la seráfica Doctora, que lo sean las obras. Pide al Señor y al Espíritu Santo, que es como cándida paloma, que ama y gime, que te aumente estos deseos, y ofrécele, ya que no grandes obras, a lo menos los deseos, que son las flores de tu corazón, para que las bendiga, y con el rocío del cielo las haga producir frutos de santidad, que son mantenimiento del alma.

¡Oh Espíritu consolador que me amas con amor infinito! Ven a mi alma y llénala de tu amor para que sea toda tuya en el tiempo y por la eternidad. Amén.

Punto segundo. Pondera, alma mía, la necesidad que tienes de ser varón de deseos, si quieres que el Señor oiga tu voz, y te colme de sus dones el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo nada desea tanto, pondéralo bien, como comunicarse a las almas bien dispuestas que le desean vehementemente. Es viento abrasador y delicioso a la vez que sopla con vehemencia y llena los corazones que le atraen así con sus deseos. Es viento suave que trae la lluvia benéfica de las gracias del cielo sobre las almas que las desean. Es paloma casta y amorosísima, el Espíritu Santo, que ama los suspiros, los gemidos del alma, su esposa. Gime, pues, alma mía, y recibirás el Espíritu Santo. Él mismo ruega por nosotros con gemidos inexplicables (Rom. 8), esto es, excita en nuestras almas ardientes deseos y anima nuestras oraciones ardorosas con gemidos por nosotros no comprendidos, haciendo que suban al cielo y desciendan con las gracias por nosotros deseadas. ¡Oh qué dulce violencia puedes hacer a tan suavísimo Espíritu, alma cristiana, si sabes conocer su condición amorosa y sus más preciados intereses! Basta que le llames para que seas oído; basta que le busques para que le halles; basta que le desees para que Él venga gustoso a morar en tu corazón. Él mismo pone en ti estos deseos: no los resistas: no mates, como Herodes, tirano, esos niños inocentes; y estos deseos crecerán en obras que pasmarán al mundo.

¡Oh! Un deseo fecundizado por el Espíritu Santo basta para regenerar al mundo. No resistas, no apagues estos deseos santos; secúndalos, auméntalos y preséntalos al Espíritu Santo para que los fecundice y sean para salud de las gentes.

Quiere, pues, el Señor que te prepares a recibir su Santo Espíritu con inmensos deseos de tu corazón. Un corazón frío e insensible ¿cómo recibirá los dones de su gracia? Bueno es el Señor para el alma que en Él espera y desea su venida. Alza, pues, las alas de tu corazón, extiende hoy tus deseos a tu Dios, y en unión de la Virgen María, de los apóstoles y de los primeros fieles, clama con todas las veras de tus deseos: ¡Ven a mi alma, oh Padre de los pobres! ¡Ven a mi alma, oh dador de los dones! ¡Ven a mi alma, oh lumbre de los corazones, y dame tus dones y tus frutos, y el gozo eterno! Amén.

Ejemplo: *Santa Lucía, virgen y mártir.*

En el tercer siglo de la Iglesia vivía en la ciudad de Siracusa una rica, noble y hermosa joven llamada Lucía. Nada eran todos los dones de la naturaleza que poseía, comparados con los de su alma: era humilde, modesta, mansa, caritativa, pura como un ángel; en una palabra, era la admiración de cuantos la conocían. Y como aquellos tiempos eran tan calamitosos para los cristianos, fue acusada Lucía al gobernador Pascasio, el cual mandó comparecer a la joven ante su presencia. Después de algunas preguntas, viendo que Lucía le contestaba con imperturbable ánimo le dijo:

- Bien veo que no conviene andar a razones contigo; los tormentos harán cesar tu bachillería, y los golpes tus palabras.

- Los suplicios que se padecen por Jesucristo, replicó la Santa, no pueden hacer callar a sus confesores, pues Él mismo nos ha asegurado que cuando estemos ante nuestros jueces, no seremos nosotros los que hablaremos, sino que el Espíritu Santo hablará por nuestra boca.

- ¿Juzgas, respondió Pascasio, que el Espíritu Santo está en ti, y que Él es quien sugiere lo que respondes?

- Creo, replicó la Santa, que los que tienen una vida pura y casta son templos del Espíritu Santo.

- Si es así, respondió el juez, pronto hallaré yo medio de arrojar de ti ese Espíritu.

- Temo poco tus violencias, replicó la Santa; mi cuerpo no será manchado sin el consentimiento de mi alma, y el Dios a quien adoro desde mi niñez, sabrá muy bien guardarme y preservarme de tus insultos.

En efecto, el Señor la guardó y preservó de los libertinos de la ciudad, y tuvo la dicha de morir por Jesucristo, después de burlar todas las astucias de los tiranos; porque ¿quién hay que resista el poder de Dios?

Práctica. Trabajar por la pureza de nuestra alma y cuerpo, para que sea siempre templo vivo del Espíritu Santo.

Jaculatoria. Cordero de Dios, que borraís los pecados del mundo: enviadnos vuestro Espíritu Santo.

Recemos tres Padrenuestros, etc.

DIA QUINTO

Oración perseverante, óptima disposición para recibir al Espíritu Santo

Punto primero. Para obtener la gracia del Espíritu Santo, y por consiguiente con mayor razón al mismo Espíritu Santo, es necesaria de toda necesidad la oración. Porque, si ninguna gracia del cielo desciende sobre la tierra de nuestros corazones sin la oración, ¿cuánto menos descenderá, si no oramos, el Espíritu Santo santificador, que es la fuente y principio de todas las gracias celestiales? Por esta razón vemos a los apóstoles que, para recibir al Espíritu Santo, se unen todos para orar con perseverancia (Act. 1).

Es muy digno de ponderar aquí, que no se lee en el santo Evangelio, que los apóstoles orasen antes de subirse Jesús a los cielos, y que ni siquiera repitiesen la sublime oración dominical, que con tanta dignación les había enseñado este su divino Maestro, como fórmula la más breve, la más completa, más admirable y más divina de oración. Así se lo echa en cara con delicadeza el buen Jesús en la última cena cuando les dice (J.16): Hasta ahora nada habéis pedido. Mas después de la Ascensión de Jesucristo, no sucede así: al instante se reúnen para orar, y no paran día y noche de orar para recibir y hasta recibir al Espíritu Santo. Los apóstoles que no oraron para verse libres de sus caídas en la Pasión y muerte del Salvador, oran de continuo después al esperar al Espíritu Santo, para hacerse dignos de recibirlo, a pesar de que están ciertos de que descenderá, según la promesa de Jesucristo. ¿Por qué? Para enseñarnos a todos la necesidad absoluta de la oración para recibir el don de los dones del cielo. Si el Espíritu Santo mismo ruega por nosotros con gemidos inenarrables, como dice el apóstol (Rom. 8), ¿cómo podrá dispensarnos de que nosotros le acompañemos en tan divina y necesaria ocupación?

Oremos pues, y oremos con perseverancia, como la Virgen y los apóstoles, si queremos recibir al Espíritu Santo, porque todo el que pide recibe; luego si no pedimos, no recibiremos. El mismo Espíritu Santo pide por nosotros, y por consiguiente, estemos ciertos de que será oída por el eterno Padre nuestra oración, porque este mismo Padre nos ama, como nos asegura Jesucristo, y amándole vendrá a nuestra alma con el Hijo y el Espíritu Santo, y hará en ella su mansión, porque sus delicias son estar con los hijos de los hombres.

Digamos y grabemos en nuestros corazones lo que dijo un día Jesucristo a nuestra santa Madre Teresa de Jesús, y tengámoslo dicho a nosotros, si amamos a Dios: "Haz lo que es en ti, y déjame tú a Mí y no te inquietes por nada. Mi Padre se deleita contigo y el Espíritu Santo te ama" (Rel. 3). ¡Oh qué felicidad!

Punto segundo. Pondera alma cristiana, la absoluta necesidad que tienes de la oración, y no dejes pasar ningún día, ninguna hora, ningún momento, si te es posible, sin orar; porque la salvación no la puedes alcanzar sin la oración, el que perseverare hasta el fin, este se salvará, dice Jesucristo, y solo perseverará, añaden los santos, el que persevera orando.

De aquí proviene, alma cristiana, que no hay cosa más recomendada ni practicada por Jesucristo redentor del mundo, y por todos los santos, que la oración. El que ora se salva, el que no ora se condena. "El alma que no ora, dice la seráfica Madre Teresa de Jesús, no necesita de demonios que la empujen al infierno, que ella misma se

despeñará en él. Al contrario, el alma que persevera en la oración, por caídas y tentaciones y pecados que tenga, tengo por cierto no se condenará".

¿Quieres testimonios más concluyentes de la necesidad que tienes de hacer oración para salvarte? Pues, ¿por qué no oras, u oras tan poco o tan mal? ¿Cómo está tu corazón con respecto de este santo ejercicio de la oración? ¡Ay dolor! Tal vez la oración que debía ser tu primer ejercicio, es el último, y para todo tienes tiempo de sobras menos para orar.

Por esto andas tan mal, tan desordenada tu vida; tan inquieto tu ánimo, tan poca paz en tu corazón, tan poca firmeza en el bien; oras poco y aun ese poco, mal; mas bien que oración, parece un insulto a Dios. ¿Por qué estás tan distraída al orar? ¿Por qué no sabe tu corazón lo que dicen tus labios? ¿Por qué tanta negligencia en lo que más te importa? ¡Ah! es porque no tienes fe viva; sí, alma mía; antes de orar aviva la fe de que vas a hablar con Dios, tu Padre amantísimo, pero de infinita grandeza; aviva tu fe y piensa la multitud innumerable de tus necesidades, y pide entonces con humildad, con confianza, con atención, con perseverancia, y no dudes que serás oída en tus súplicas. El Espíritu Santo moverá entonces tu corazón y tus labios, te enseñará a orar, o mejor, orará contigo con gemidos inexplicables, y subirá al cielo tu oración, y bajará sobre ti la divina misericordia.

¡Oh Espíritu consolador de las almas! Enseñadme a orar y perseverar en la oración, pues no necesito otra gracia para salvarme: ¡Oh Padre de los pobrecitos, Espíritu Santo Dios! Venid y socorred con el don de la oración a esta alma que habíais santificado con vuestra presencia, y jamás os arroje de sí por el pecado. Amén.

Ejemplo: *El Espíritu Santo y dos santos*

A san Gregorio Magno, uno de los cuatro doctores principales de la Iglesia latina, se le suele pintar de esa manera: en la mano una pluma como para escribir, delante un libro, la cabeza levantada en ademán de escuchar a alguien que le está dictando y una paloma a su lado con el pico metido en el oído del santo. Todo esto significa que san Gregorio escribió sus obras a impulso del divino Espíritu. Un santo diácono, llamado Pedro, testifica que vio muchas veces volar alrededor de la cabeza del santo pontífice al Espíritu Santo en forma de hermosa paloma.

La Doctora seráfica, santa Teresa de Jesús, nos dice que un día después de haber rogado a Dios por largo tiempo y haberle suplicado, dice la misma santa, "me ayudase a contentarle en todo, comencé el himno *Veni Creator Spiritus*, y estándole diciendo, vínome un arrebatamiento tan súbito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fue muy conocido, y entendí estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles*".

Práctica. Profesa tiernísima devoción al Espíritu Santo, y reza a menudo el himno *Veni Creator Spiritus*.

Jaculatoria. Derramad, Señor, en nuestras almas los dones del Espíritu Santo.

Recemos tres Padrenuestros, etc.

DIA SEXTO

Impedimentos

Punto primero. Tres son los impedimentos principales que debemos quitar para recibir el Espíritu Santo, para convidar al Espíritu Santo a que venga a nuestra alma y ofrecerle una morada digna o conveniente en nuestro corazón. El primero es el pecado, sobre todo el pecado mortal, porque siendo santo y puro, la santidad y pureza por esencia el Espíritu Santo, y el pecado la privación de toda santidad, la mancha más impura del alma, es imposible morar en el corazón del pecador tan santo y puro huésped, y tan amador de toda santidad y pureza. ¿Pueden por ventura estar unidas la luz y las tinieblas? Pues aún es más difícil lo esté el Espíritu Santo con el alma en pecado. Sea, pues, alma querida, tu primer cuidado limpiarte de todo pecado con una buena confesión, al empezar esta novena, y así podrás convidar al Espíritu Santo a que venga a morar en tu corazón. No llenará tu corazón, es imposible, del aceite de la divina unción, el Espíritu Santo, si no le ofreces como a Eliseo, vacío de todo pecado el vaso de tu corazón. Limpia, pues, de todo pecado tu alma por la contrición y confesión, y así te llenará de sus dones tan divino Espíritu.

El segundo impedimento es la falsedad, la doblez, la hipocresía, la simulación, astucia o fingimiento, en una palabra, todo lo que se opone a la sencilla verdad. El Espíritu Santo llámase espíritu de verdad, y por eso abomina las almas, huye siempre de los corazones donde ve esta verdad oscurecida. Por eso nos manda el Señor que sintamos de Él en bondad y le busquemos con sencillez del corazón (Sap. c. 1). Por eso los ojos del amante de las almas miran al alma su esposa con ojos de paloma, que no engañan ni quieren engañar, y Dios es tan amigo de la sencillez verdadera, porque es Dios de verdad. Con estas almas tiene su conversación y trato y delicias el Espíritu Santo. Por esto los apóstoles san Pedro (1-2) y san Pablo (Cor. 1, 11) recomiendan tan eficazmente esta gracia de la verdadera sencillez, porque sin ella es imposible agradar al Señor, ya que es como el fundamento de toda la vida cristiana. Anda, pues, con sencillez de corazón con verdad delante de Dios, alma mía, y huye de toda ficción, si quieres que venga a ti el Espíritu de Verdad, el Espíritu Santo.

El tercer impedimento es ocupar tu mente en vanos pensamientos, porque siendo espíritu de consejo no puede estar con necios pensamientos. El amor, pues, a la vanidad del mundo y de sus falsos bienes es opuesto al Espíritu Santo que nos manda que renunciemos, no solo a Satanás (el pecado), sino también a sus pompas vanas, que llenan el alma de vanidad; si no renunciemos, a lo menos con afecto, a todas las cosas, no podremos ser discípulos de Cristo, y por consiguiente, del Espíritu Santo (Luc. 14, 33).

¿Cómo está tu corazón? ¿Ama el pecado, la mentira, la vanidad? Pues detesta el pecado, desapega tu corazón de las criaturas, y busca y hallarás al Espíritu Santo.

Punto segundo. ¿Quieres recibir al Espíritu Santo, quieres ser morada, templo vivo y gracioso del Espíritu Santo, alma mía? Pues ya sabes lo que debes hacer. Purga tu entendimiento de todo vano pensamiento; derrama de tu corazón toda ficción, toda doblez, y limpia tu alma de todo pecado. Si esto haces, el Espíritu Santo vendrá a tu corazón, morará en él con gozo y lo llenará de sus dones; serás su templo vivo, adornado con la magnificencia de los cielos, y reinará en ti tan soberano huésped, derramando sus gracias y su paz. No te retraiga el trabajo que esto importa: a grandes premios no se puede llegar sino por medio de grandes trabajos. ¿Y qué mayor premio que ser mansión de delicias para el mismo Dios? Haz una buena confesión, llora tus pecados, que las lágrimas de la contrición son agua que limpia tu alma y la dejará más blanca que la nieve. Lleva todos los días tu examen particular, arrancando con solícito cuidado todo pensamiento vano, toda ficción, toda falsedad de tu alma. Pide sin cesar a tan Santo Espíritu te dé su luz y su gracia para que puedas agradecerle en todas las cosas, y para que tu única pena sea el contristarle en lo más mínimo. Anda en su presencia divina con más recato y miramiento que no anda la esposa delante de su esposo, pues es amador finísimo de tu alma, y huye, y detesta, y no puede ver siquiera la sombra de la doblez, de la falsedad y del pecado.

¿No ves cuánto trabajan los mundanos por adquirir un poco de interés, de gloria, de aprecio, de aplauso?

Pues estos trabajan por contentar a los hombres y recibir de ellos una corona corruptible, y tú trabajas para contentar a Dios y fabricarte una corona de inmortalidad. *¡Sursum corda!* Esfuérate y sé varón, que la vida es breve, y el tiempo de la pelea corto, y el premio eterno.

¡Oh Espíritu Santo!, espíritu de santidad y verdad, no os apartéis jamás de mi alma, ni de mis pensamientos, palabras, deseos y obras; para que siendo santo y verdadero en todo, merezca ser vuestro templo y morada eterna. Amén.

Ejemplo: *Santa Teresa de Jesús*

Las gracias y mercedes que esta privilegiada esposa del Señor recibió del Espíritu Santo, son muchas y muy extraordinarias. Oigamos cómo nos refiere la misma en el admirable libro de su vida, capítulo 37, lo que le pasó un día víspera del Espíritu Santo.

Estaba, dice, un día víspera del Espíritu Santo después de misa: fuime a una parte bien apartada, a donde yo rezaba muchas veces, y comencé a leer en un cartujano esta fiesta, y leyendo las señales que han de tener los que comienzan, y aprovechan, y los perfectos, para entender está con ellos el Espíritu Santo: leídos estos tres estados, pareciome por la bondad de Dios, que no dejaba de estar conmigo, a lo que yo podía entender. Estándole alabando, y acordándome de otra vez que lo había leído, que estaba bien falta de todo aquello, que lo veía yo muy bien así, como ahora entendía lo contrario de mí y así conocí era merced grande lo que el Señor me había hecho; y así comencé a considerar el lugar que tenía en el infierno merecido por mis pecados, y

daba muchos loores a Dios, porque no me parecía conocía mi alma, según la veía trocada.

Estando en esta consideración, diome un ímpetu grande, sin entender yo la ocasión: parecía que el alma se me quería salir del cuerpo, porque no cabía en ella, ni se hallaba capaz de esperar tanto bien. Era ímpetu tan excesivo que no me podía valer, y a mi parecer diferente de otras veces, ni entendía qué había el alma, ni qué quería que tan alterada estaba. Arrimeme, que aún sentada no podía estar, porque la fuerza natural me faltaba toda.

Estando en esto, veo sobre mi cabeza una paloma bien diferente de las de acá porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchicas, que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma: paréceme que oía el ruido que hacía con las alas. Estaría aleando por espacio de un avemaría. Ya el alma estaba de tal suerte, que perdiéndose a sí de sí, la perdió de vista. Sosegose el espíritu con tan buen huésped, que según mi parecer, la merced tan maravillosa le debía de desasosegar y espantar, y como comenzó a gozarla, quitósele el miedo y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento. Fue grandísima la gloria de este arrobamiento. Quedé lo más de la Pascua tan embobada y tonta, que no sabía qué me hacer, ni cómo cabía en mí tan gran favor y merced. No oía ni veía, a manera de decir, con gran gozo interior. Desde aquel día entendí quedar con grandísimo aprovechamiento, en más subido amor de Dios, y las virtudes muy más fortalecidas. Sea bendito y alabado por siempre. Amén.

Práctica. No pasar día sin rezar con devoción la bellísima secuencia *Veni Sancte Spiritus*, para merecer su gracia y protección.

Jaculatoria. Aparta, Señor, de mí lo que me aparta de Ti; dame, Señor, a mí lo que me una a Ti.

Recemos tres Padrenuestros, etc.

DIA SÉPTIMO

Los dones del Espíritu Santo

Temor. Piedad

Punto primero. Sin los dones del Espíritu Santo nadie puede adelantar en la virtud cristiana, porque son estos santos dones como escalones para subir por todos los grados a lo más excelso de la virtud. El último, o mejor llamaremos el primero de estos dones para subir a lo más alto, es el don de *temor de Dios* y el supremo es la sabiduría, que es el complemento o corona de todos los dones. El santo temor hace entrar al hombre dentro de sí mismo, mostrándole a Dios amable por su bondad y terrible por su justicia. El que por temor al castigo se abstiene de la culpa teme a Dios, pero servilmente; y aunque viene del Espíritu Santo este temor y dispone a la gracia, no obstante, no es propiamente este temor de Dios el don del Espíritu Santo, sino que lo

es del temor filial, que nos hace temer el pecado, no por el castigo, sino por el disgusto que causa a nuestro amado Padre, que es Dios de suma bondad. ¡Oh qué dichoso es el que goza de este don!

Él posee el principio de la sabiduría, un tesoro inagotable, un paraíso de bendición, y así como en el paraíso no puede entrar la culpa, así tampoco puede penetrar en el alma que teme a Dios. Este es el fundamento de santidad, y sin él no durará el alma en la virtud. Si quieres poseer este soberano don, alma mía, huye de la soberbia, vicio opuesto directamente a este don, considera tu flaqueza, acuérdate de tus novísimos, anda en la presencia de Dios, y tiembla con el recuerdo de la caída de tantos justos, y pide sin cesar que te tenga de su mano. Teme a Dios, alma mía, y después de Dios no temas más que al pecado y a las ocasiones de pecar. Ora, suplica, pide este don de continuo y se te dará.

El segundo don es el de *piedad* y hace al alma pronta para obrar el bien; así como por el don del temor se abstiene del mal. La piedad mueve nuestra alma a amar a Dios y honrarle con afecto filial interno con los pensamientos, y externo con los actos de la religión y del culto. La piedad no se contenta con movernos a honrar a Dios como a nuestro Padre amadísimo, sino que nos mueve a respetar todo lo que tiene relación con Él: la Escritura santa, porque es la palabra de Dios, los ángeles, santos, justos, almas del purgatorio y todos los hombres, por ser imagen de Dios, hijos de Dios, hermanitos nuestros. El don de piedad da a los superiores corazón de padre para sus súbditos y a éstos corazón de hijos para sus superiores. Quien tiene este don se mueve a compasión de todas las miserias, y se hace todo para todos.

¿Temes a Dios, alma mía? ¿Tienes el don de la piedad? ¿O eres irreverente con Dios y duro de corazón con el prójimo? Entonces eres una desdichada. Mira el origen de tu mal. Tu amor propio es el que te hace ver las ofensas de Dios sin llanto, las miserias del prójimo sin compasión, y que no puedas soportar los defectos ajenos con paz, sino que le desprecias por cualquier cosa, y hasta le tienes odio, envidia, celos de su bien que te mueven a venganza. ¡Infeliz! ¿No sabes que con esa dureza de corazón te atesoras ira para el día de las venganzas y que lo pasarás mal en tu muerte? Enmiéndate, y pide con todas veras al Espíritu Santo el don del santo temor y el don de piedad filial para ser hijo suyo en verdad y ser feliz en el tiempo y en la eternidad.

Ciencia. Fortaleza

Punto segundo. Mas atiende, alma cristiana, que de poco provecho te será la piedad sin el don de ciencia, como esta sin aquella no serviría tampoco para la salvación eterna. La venida del Espíritu Santo al mundo fue para enseñarnos toda verdad (J. 16, 13). Antes de su venida, ¡qué tinieblas, qué ignorancia, qué errores! La criatura era amada desordenadamente, como si pudiera hacer al hombre feliz. Mas el Espíritu Santo nos enseña con este don a hacer de nosotros y todas las criaturas un recto juicio; nos hace ver su vanidad y cómo son un lazo para el necio cuando deben ser y son únicamente un medio para unirnos con Dios. Este don nos enseña a discernir el bien del mal, a conocer nuestras obligaciones y lo que debemos creer y obrar para vivir santamente, y nos descubre los peligros de perder el alma y los medios para salvarla.

Esta es la verdadera ciencia, la ciencia del espíritu, la ciencia del cielo, de la salvación, de los santos. Esta es la única ciencia necesaria y que aprovecha al alma, no la mundana que hincha.

¿La tienes tú, alma cristiana? ¿Qué estima haces de estas verdades? ¿Son la regla de tu conducta? Enmiéndate.

Mas no basta conocer el recto camino y los enemigos que nos combaten para llegar al cielo: es necesario ser fuertes en el combate, y vencer a nuestros enemigos, que son muchos, muy astutos y muy poderosos. El reino de los cielos padece violencia, nos dice el Señor, y solo los que se la hacen lo arrebatan. La vida del hombre sobre la tierra es una continua guerra contra el mundo, demonio y nuestras malas inclinaciones. Para vencernos se necesita mayor fortaleza que para rendir las más inexpugnables fortalezas. ¿Quién nos la dará? solo el Espíritu Santo con ese don que mueve y sostiene a nuestra alma y la hace salir victoriosa en la pelea contra todos los enemigos que se oponen a que alcancemos nuestro fin último. Sin esta fortaleza ni siquiera podemos empezar la lucha. David, Sansón, Salomón, los mismos apóstoles ¿qué fueron sin este don de fortaleza sino unos hombrecillos, débiles, vencidos, cobardes? Mas ¿Quién hizo invencibles a los apóstoles y que desafiaban todos los tormentos y tiranos del mundo y hasta la misma muerte? ¿Quién dio la constancia a los mártires, la perseverancia a los confesores, a las vírgenes, a los penitentes y a todos los que vencieron a sus enemigos? Nadie más que el Espíritu Santo con su don de fortaleza. Y si me preguntas, alma cristiana, qué debes hacer para alcanzarlo te diré: 1º. Que lo pidas al Espíritu Santo con perseverancia. 2º. Doma tus pasiones, véncete a ti misma. 3º. Resiste a las embestidas de tus enemigos. 4º. Recuerda la valentía de muchos de tu edad, sexo y condición, los cuales con la ayuda del Espíritu Santo vencieron y vencen al mundo, demonio y carne.

¡Oh Espíritu Santo! Vos sois mi fortaleza y yo soy la misma debilidad, la misma nada, y la nada nada puede. Venid, pues, en mi auxilio y con vuestra ayuda venceré a todos mis enemigos y moraré en la paz de los hijos de Dios. Amén.

Ejemplo: Misericordia de Dios para los pecadores arrepentidos

Se lee de un monje que viajando por el Egipto encontrase con una joven hija de un sacerdote idólatra; el incauto anacoreta al sentirse apasionado por la joven resolvió pedirla a su padre por esposa. El sacerdote le contestó que no se la daría sin antes consultarlo a su dios.

Se fue, pues, al templo y preguntando al ídolo si debía dar a su hija por esposa de aquel monje, el demonio le contestó que si renegaba de Dios, del Bautismo y de la profesión religiosa, que se la diese. Oída tal propuesta, el infeliz monje, cegado por la pasión se resolvió a todo, y en el acto de ejecutar tan impía apostasía vio salir de su boca una blanquísima paloma, que voló rápidamente hacia el cielo. Visto esto por el padre de la joven, rehusó de nuevo darle a su hija sin antes volver a consultar al ídolo, que le dijo no diese a su hija al monje, porque su Dios estaba con él y quería ayudarlo. Refirió el sacerdote idólatra la respuesta al sacrílego renegado, quien, entrando en sí

mismo y alumbrado interiormente por una luz celestial, dijo: Si la bondad de Dios es tan grande para conmigo, que habiéndole yo tan vilmente ofendido, todavía no me ha abandonado, ¿por qué quiero yo dejar a este Señor tan bueno? Así exclamando se fue a contar a un santo viejo todo lo que le había sucedido, el cual le consoló y animó a la esperanza del perdón.

Pasó en oración y ayuno tres semanas; al fin de la primera vio aparecer de lejos la paloma que antes salió de él; a la segunda semana, vió posar sobre su cabeza, y al fin de la tercera vio con gozo entrar de nuevo en su boca la paloma, por lo cual dio gracias a Dios y resolvióse a quedarse en el desierto en compañía del santo viejo, donde vivió y murió santamente.

Práctica. No consentir jamás en la tentación y repetir a menudo: Señor, no nos dejes caer en la tentación.

Jaculatoria. Dadme, Señor, la pureza de corazón tan necesaria para recibir vuestro Espíritu Santo y experimentar todos sus dones.

Recemos tres Padrenuestros, etc.

DÍA OCTAVO

Dones del Espíritu Santo

Consejo, entendimiento, sabiduría

Punto primero. Así como es necesaria la fortaleza a nuestros enemigos declarados, así es necesario el buen consejo para descubrir sus tramas ocultas y maquinaciones y asechanzas, porque muchas veces se transforma en ángel de luz esta astuta serpiente, presentándonos la muerte por la vida, el mal por el bien.

Nuestros pensamientos son tímidos e inciertas nuestras providencias (Sap. 9). Ignoramos muchas veces si es o no lícito o conveniente alguna cosa, si es voluntad de Dios el hacerla u omitirla; y por esto necesitamos de lumbre del cielo, lo cual hace el don de consejo, que nos enseña lo que debemos hacer en las circunstancias en que nos hallamos; porque no basta saber que una cosa es en sí buena, sino que debemos saberla en aquel caso determinado.

Con el don de consejo el alma obra con seguridad y anda por los caminos que quiere la divina providencia con paz y está cierta que no yerra. Ni las mañas ni marañas de Satanás, ni las dificultades que le salen al encuentro la hacen desviar del recto camino. ¡Oh alma mía! En medio de tantos lazos y redes que el demonio te echa en todas partes, levanta tus ojos al cielo, desconfía de tu prudencia e invoca al Espíritu Santo y Él te dará luz, consejo y guía para salir victoriosa, pues sin remedio caerás. No lo olvides.

Mas no basta conocer los ardidés del demonio para elevar el alma a Dios; es menester el don de entendimiento que lo eleva a contemplar, penetrar y entender los misterios celestiales. Sin luz sobrenatural no puede el hombre remontarse a lo alto, y esta lumbré es la que se llama don de entendimiento. Con este don los más rudos e idiotas se levantan sobre todos los más sabios del siglo y entienden más de Dios que todos los más renombrados filósofos y doctores. A los que gozan de este don, todo le sirve para elevarse a Dios y contemplar sus perfecciones, lo mismo la humilde arista que se lleva el viento, la pequeña hormiga que pisa la tierra, como la grandeza del firmamento. Esta es la luz del Espíritu Santo que oscurece todas las ciencias mundanas. Esta es la luz que pedía el real profeta cuando decía al Señor: Dame entendimiento para aprender tus mandatos, y que después le daba gracias, diciendo: Me has manifestado las cosas inciertas y ocultas de tu sabiduría. ¿Quieres alcanzar don tan perfecto, alma mía? Pues empieza: 1º. Por pedirlo de corazón. 2º. Por avivar tu fe. 3º. Por señalarte en la humildad, y 4º. Por procurar la pureza de tu corazón y de tus costumbres; porque, bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. ¡Oh Espíritu de luz y de amor! Haz que vea, Señor, haz que vea la vanidad del mundo, la firmeza de tus promesas y la verdad eterna en la gloria consumada. Amén.

Sabiduría

Punto segundo. El don de la sabiduría. He ahí, alma mía, el máximo entre los dones del Espíritu Santo y por el cual debes suspirar y gemir siempre hasta que lo obtengas. Porque es él como rey, la corona de todos los dones del cielo. Con los otros dones se combate este o el otro vicio, se promueve aquella o la otra virtud, mas con el don de la sabiduría se combaten todos los vicios, se destruye toda malicia, se adquiere toda clase de virtudes. Es la sabiduría como la llamó san Bernardo, una sabrosa ciencia, porque por ella no solo se conoce a Dios, sino que se le gusta por experiencia, conforme a lo que dice el profeta: Gustad y ved cuán suave es el Señor (P. III, 3).

El don de entendimiento es como el ojo del alma, el de la sabiduría es el gusto que resulta de esa posesión, es como un goce anticipado de las delicias del cielo. El don de la sabiduría nos hace conocer a Dios y a sus divinos atributos, de manera que nos mueve a enderezar a Dios todas nuestras acciones como a nuestro último fin, juntando al movimiento el afecto ardoroso de la caridad. Este don hace concebir al alma un gran deseo de todas las cosas celestiales, y un grande amor y deseo. Este don la hace engolosinar con los trabajos y cruces, y penas, y vencimientos y crucifixión de sí mismo; hallando todo su deleite, y suavidad y gusto en el padecer, diciendo con la sapientísima doctora mística, santa Teresa de Jesús: "Señor, o morir o padecer: yo no os pido otra cosa para mí". He aquí por qué el sabio prefirió la sabiduría a todos los reinos y tesoros, y exclamaba con su posesión, lleno de gozo: Viniéronme a mí todos los bienes con la sabiduría y riquezas infinitas por sus manos (Sap. 7).

¡Oh alma mía! Acostúmbrate a buscar a Dios en todas las cosas y a referirlas a Él, como su primer principio y último fin. Busca el reino de Dios y su justicia en todas las cosas, y tendrás este don soberano. Mas ¡ay! si las cosas del mundo, sus placeres y diversiones, las criaturas te roban tu amor, entonces serás digno de compasión, porque formarás coro con los necios, cuyo número es infinito (Eccli. 4).

¿Quieres poseer este gran don? Pues practica estos medios: 1º. Sé alma de oración, porque sin esta no se puede obtener. 2º. Deséalo con vehemencia y pídelo de corazón (Sap. 7). 3º. Procura gran pureza de alma y de cuerpo. 4º. Ejercítate en la mortificación interna y externa (Job. 28), porque enseña la sobriedad, la justicia y la verdad, y no hay fuera de ella cosa más útil en la tierra.

¡Oh Padre de todo don! Dame tu sabiduría, que me haga conocer y amar las cosas del cielo, y solo suspire por ellas y por Ti, dador de todas ellas. Amén.

Ejemplo: *La Pentecostés de san Felipe Neri*

Se lee en la vida de este celosísimo apóstol de la juventud, que en uno de los días próximos a la fiesta de Pentecostés del año 1544, estando en las Catacumbas de san Sebastián, en Roma, donde solía pasar largas horas en oración, mientras su corazón se abrasaba más y más en el amor de Dios, junto con el pensamiento del Espíritu Santo, de sus dones y de su persona, que es el amor sustancial del Padre y del Hijo, sintió de improviso en su alma una desusada alegría, fruto del divino amor, o mejor dicho, de un movimiento tan acelerado y fuerte de santa caridad, que nunca igual lo había sentido. Presto reflujo esta llama de divino amor del alma de Felipe a su cuerpo, y comunicando a su sangre un movimiento lleno y vehemente hacia el corazón, súbitamente se iluminó e inflamó todo su semblante: los ojos, la boca, las mejillas, la frente, quedando todo él resplandeciente y de un color vivísimo. Mas no paró aquí la maravilla.

El golpe del amor lo derribó y le obligó a desabrochar sus vestidos, dejando el pecho descubierto y todos sus miembros temblando con una agitación extraña; y fue que el corazón del siervo de Dios, por el ímpetu del amor divino y el movimiento exaltado de la sangre, tuvo necesidad de más espacio para dilatarse, y hallando el natural impedimento en las costillas falsas del lado izquierdo, levantó dos de ellas con impulso fuerte, dejándolas arqueadas para que así el amor se sosegase en aquel corazón prodigiosamente dilatado, y enamorado de Dios.

No pudiéndose ver por fuera ni la dilatación del corazón ni la arcuación de las costillas, veíasele solamente en la parte del corazón un tumor abultado como el puño, que hacía desesperar a los médicos con pronósticos y conjeturas las más extrañas, hasta que hubieron de confesar ser cosa sobrenatural.

Práctica. Ejercítate en actos de caridad y amor de Dios para merecer que more en ti el Espíritu Santo.

Jaculatoria. Venid, ¡Oh Espíritu Santo! llenad los corazones de vuestros fieles, y encended en ellos el fuego de vuestro divino amor.

Recemos tres Padrenuestros, etc.

DIA NOVENO

Frutos del Espíritu Santo

Punto primero. Es el alma del justo, paraíso de Dios, donde sembró el Espíritu Santo sus dones con la gracia, semilla de vida eterna, la cual cultivada por la cooperación del hombre, se desarrolla o crece en árbol de vida que da doce frutos, frutos del Espíritu Santo. Llámense y son frutos, ya por la dulzura y suavidad que comunican al alma, como a la boca el fruto de un árbol; ya porque manifiestan el estado de buena salud del alma restablecida a la vida de la gracia. Así como el que se alimenta con buenos manjares goza de buena salud, así el que con fidelidad se alimenta con la práctica de las virtudes y dones del Espíritu Santo, goza de un inefable bienestar que se llama bienaventuranza. Este es, en este mundo, el supremo beneficio del Espíritu Santo y el resultado de sus dones y virtudes: es anticipada la felicidad del cielo, en este valle de lágrimas, en cuanto lo permite la condición de esta vida miserable.

Estos frutos son doce, y los hemos de pedir sin cesar con los dones del Espíritu Santo. El primer fruto es *caridad*, que es amor de Dios y del prójimo, el más suave y excelente, y sin el cual es imposible gustar de Dios y salvar nuestra alma, porque la caridad es la única virtud que nos une a Dios en esta y en la otra vida. ¡Oh alma mía! Procura la caridad con Dios y con el prójimo, ante todas las cosas, pues es lo único que salva. Fruto del Espíritu Santo es el *gozo* que nace de una conciencia pura, recta y santa, porque la buena conciencia es como un banquete continuo (Prov. 15) que deleita el corazón, le alegra y le da larga vida, y nada puede contristarle, porque vive en Dios y con Dios, que solo basta al alma. ¡Oh, cuán dulce y suave es este gozo que nada ni nadie puede quitar del alma del justo!

La *paz* es el fruto que da el Espíritu Santo al que ha sujetado sus pasiones, gozando de una maravillosa tranquilidad del espíritu, como partícipe de la amistad de Dios. Supera esta paz a todos los placeres del mundo, de suerte que solo por gozar de este fruto debíamos ser buenos, aunque Dios no diese otra recompensa, como dice san Ambrosio, porque la paz es la bienaventuranza mayor y más codiciada de este mundo. Mas no hay paz para los impíos, sino desorden, inquietud, malestar, porque no son amigos de Dios. Haz la voluntad de Dios en todas las cosas, alma cristiana, y gozarás de perfecta paz.

La *paciencia* es otro fruto por el cual sobrellevamos constantemente las adversidades de esta vida y sufrimos los genios contrarios a los nuestros. Nos es necesario este fruto, no solo para alcanzar el cielo, sino para tener paz en la tierra. Pidamos al Espíritu Santo nos lo dé, porque es la perfección de toda virtud la paciencia; en las pruebas que se nos presentan en esta vida miserable, ¡feliz el alma que sepa padecer con Cristo y por Cristo! Ella alcanzará el reinar y gozar eternamente con Él.

Punto segundo. La *benignidad* es fruto que hace al hombre afable y dulce en las palabras y en las obras. Cuanto es necesaria la paz para obrar, la paciencia para sobrellevar, tanto es necesaria la benignidad para vencer los azares de la vida sin turbarse. El benigno, con la dulce palabra, con la mirada suave, con la frente serena

vence toda fiereza, y calma los ánimos turbados, y llega a la verdadera sabiduría. ¿Eres tú benigna, alma cristiana? Si quieres ser amada, ama.

La *bondad* es aquel fruto que nos mueve, no solo a amar al prójimo y no dañarle, sino a hacerle bien siempre. Es tan necesario este fruto, que sin él no podemos ser hijos de Dios e imitadores de Jesucristo. ¿Eres bondadosa, alma cristiana? ¿Pasas por el mundo haciendo bien a todos, aún a tus enemigos?

La *longanimidad* añade a la paciencia una cierta magnanimidad y firmeza, por las cuales, no solo se sobrellevan los males para conseguir algún bien, sino que se persevera con valor en la resolución de padecer, aunque se difiera la consecución del bien deseado. Es esta virtud propia de las almas grandes.

La *mansedumbre* es suave fruto del Espíritu Santo, que mueve al hombre como de la mano a dejarse llevar en lo próspero y adverso. Roba el corazón a todos, es señor de todo el mundo. Semejante a Jesús, es dueño de su corazón, goza de una profunda paz y de un ánimo igual; el Espíritu Santo reposa en su corazón. ¿Eres manso de corazón?

La *fe*, como don del Espíritu Santo, es la fidelidad y veracidad en las promesas, que es enemiga de todo fraude o mentira; si no eres veraz y fiel, no podrás poseer el Espíritu Santo, espíritu de verdad, estable, cierto, seguro, sino serás hijo del demonio, mentiroso y falaz.

La *modestia* es fruto preciosísimo del Espíritu Santo, porque regula todas las acciones y movimientos de nuestro cuerpo y de nuestro interior, para que sean según Dios y según su ejemplar Jesucristo. Donde está la modestia reina Cristo. Es un himno de alabanza y sacrificio continuos a Dios, a Jesucristo y a su Iglesia. Glorifica, pues, y lleva a Jesús en tu cuerpo y corazón. ¿Lo haces así?

La *continencia* es aquel fruto del Espíritu Santo por el cual resistimos a todos los apetitos desenfrenados y nos abstenemos de vicios y pecados. Es virtud de combates y de triunfos, porque siempre debe refrenar la concupiscencia. Por eso no hay precio comparable al alma continente (Eu. 26).

Por fin, corona estos preciosos frutos, la *castidad* fragante, que sujeta los sentidos a la razón, moderando los deseos y movimientos desordenados de la carne. Hace a los hombres ángeles, atrae las miradas de Dios, a la cual promete su visión en el cielo. Como el Rey de la gloria se apacienta entre lirios, se declara esposo y corona del alma casta, y a éstas solas admite a cantar el cántico nuevo en la gloria ¡Oh alma mía! Gózate con estos frutos, medita sus propiedades, gusta su sabor y vive vida santa, pura e inmaculada, para que un día te goces con el premio eterno de estos frutos en la gloria; con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén (Fin. 18 – 1 - 96).

Ejemplo: *La beata Imelda*

Léese en la historia del patriarca santo Domingo, que la beata Imelda, de la ciudad de Bolonia, a la edad de once años vestía el hábito de religiosa, en un convento de aquella

ciudad. Sentíase, en tan tierna edad, tan llena del Espíritu Santo, que deseaba con vivas ansias gozar también de sus dulcísimos frutos, y habiendo oído decir que éstos se alcanzan especialmente en la sagrada Comunión, encendióse en su pecho un ardiente deseo de recibirla, y con repetidas súplicas lo pedía al padre confesor y a las religiosas, que atendido a su poca edad, se la iban diferiendo de mes en mes.

Un día, fiesta de la Ascensión del Señor mientras las religiosas estaban aguardando el momento dichoso de unirse a Dios por medio de la sagrada Comunión, Imelda lloraba inconsolable su poca capacidad que le privaba del bien que las demás recibían; pero su amante Jesús, por el que tanto suspiraba, quiso satisfacer cumplidamente sus amorosas ansias con un prodigio: Estando en el oratorio las religiosas y demás personas que habían asistido a la santa Misa observaron abrirse el Sagrario repentinamente y salir del copón una sagrada partícula que voló hacia donde estaba la santa niña.

Espantadas las religiosas a vista de semejante prodigio, fueron a avisar al sacerdote, que enterado del caso ocurrido, dio por inspiración del cielo la sagrada Comunión a la dichosa niña.

Apenas hubo recibido el pan de los ángeles la que era un ángel por su pureza, fue tan grande el gozo que sintió y tan ardientes las llamas del divino amor que encendió en aquel corazón el Espíritu Santo, que no pudiendo resistirlas, expiró dulcemente aquella castísima paloma y voló su dichosa alma al cielo a gozar eternamente de tan sabrosísimo manjar.

Práctica. Comulgar con frecuencia a fin de unirnos más estrechamente a Dios.

Jaculatoria. ¡Oh Espíritu Santo! Haz que cuando vengas a buscar frutos en mi alma los halles como Jesús, fruto de vida eterna. Amén.

Recemos tres Padrenuestros, etc.

DEVOCIÓN AL ESPIRITU SANTO

Pensamientos

1. Las obras del amor y la gracia se atribuyen al Espíritu Santo, porque es el amor del Padre y del Hijo.
2. La devoción al Espíritu Santo es un manantial fecundísimo de gracias para el alma.
3. Poca devoción al Espíritu Santo arguye ingratitud, que es el pecado más funesto, porque seca la fuente de las gracias en su origen mismo.

4. El invocar a menudo al Espíritu Santo es prenda segura de acierto en los negocios que traemos entre manos.
5. Somos templos del Espíritu Santo. Profanar estos templos por el pecado, es contristar al Espíritu Santo.
6. Lo que más necesitamos en este mundo es luz, fortaleza y consuelo; y esto se obtiene invocando al Espíritu Santo consolador.
7. No podemos tener ni un buen pensamiento ni un buen deseo sin el Espíritu Santo.
8. El pecado que más hemos de temer es resistir al Espíritu Santo.
9. Se resiste al Espíritu Santo resistiendo a sus santas inspiraciones, resistiendo sobre todo a la verdad.
10. El Espíritu Santo es espíritu de verdad, de santidad. El error y el vicio son, pues, los dos pecados que más directamente le contristan.
11. La docilidad al Espíritu Santo es prenda de eterna salvación.
12. Hay mucho olvido de la devoción al Espíritu Santo, y esto es causa de tantos desaciertos en nuestras empresas, obras y palabras.
13. Evita con todo cuidado los pecados contra el Espíritu Santo, que son seis: 1º. Desesperar de la salvación. 2º. Presumir salvarse sin buenas obras. 3º. Impugnar la verdad conocida. 4º. Envidiar la gracia del prójimo. 5º. Obstinarse en el pecado. 6º. Morir impenitente.

ORACIONES DEVOTÍSIMAS AL ESPÍRITU SANTO

Ven, ¡oh Espíritu divino, consolador de las almas atribuladas, alegría de los corazones, alivio de toda aflicción! Ven, ¡oh Santificador de los pecadores, Maestro de los humildes, Padre compasivo de los huérfanos, fortaleza de los flacos, refrigerio de los pobres! Ven, y penetra en lo profundo de mi espíritu con la fuerza de tu gracia. Sostén mi flaqueza con tu brazo omnipotente. Enciende con tu santísimo fuego mi tibieza. Hierve mi corazón con una centella de tu suavísima caridad. Dame que pueda gustar una gota de tu celestial dulzura, en tal manera que ya me causen náuseas todos los deleites del sentido, y nada más codicie sino gozar los del Espíritu Santo. Amén.

(SAN AGUSTÍN: *Manual*)

Oración para invocar la gracia del Espíritu Santo

Oh amor divino y comunicación santa del eterno Padre y de su Hijo benditísimo; Espíritu poderoso y consolador clementísimo de todos los afligidos, penetrad con

vuestra virtud lo más íntimo de mis entrañas, y con vuestra luz alumbrad mi tenebroso corazón. Regadle, que está seco, con el riego de vuestra gracia, para que fructifique; heridle con las saetas de vuestro amor, y abrasadle con vuestras saludables llamas, para que encendido todo lo más íntimo de mi alma y de mi cuerpo, con vuestro fuego, se derrita y transforme en Vos. Beba yo de aquel río caudaloso de vuestra dulzura, para que dé de mano a todos los gustos venenosos de este mundo. Juzgad mi causa, y apartadme de la gente no santa, y enseñadme a hacer vuestra voluntad, pues sois mi Dios. Bien sé que consagráis el alma, en que Vos habitáis, en templo y morada del Padre y del Hijo, y por tanto es bienaventurado el que os tiene por huésped, porque juntamente el Padre y el Hijo moran con él. Venid ya, venid, benignísimo consolador del alma afligida, y defensor y ayudador cierto y oportuno en la tribulación. Venid, santificador de los pecadores, médico de los enfermos, fortaleza de los flacos, esfuerzo de los caídos, maestro de los humildes, espanto de los soberbios, padre piadoso de los huérfanos, juez justo de las viudas, remedio de los pobres, alivio de los cansados. Venid, norte de los que navegan, y puerto seguro de los que han dado al través. Venid, Señor, venid a mi alma, Vos que sois única esperanza de todos los que viven, y verdadera vida de todos los que mueren. Venid, santísimo Espíritu, venid y apiadaos de mí, conformad mi espíritu con vuestro espíritu, y mi pequeñez con vuestra grandeza; sustentad mi flaqueza con vuestro brazo poderoso, para que yo os sirva y os agrade por Jesucristo mi Salvador. Amén.

(SAN AGUSTÍN: *Meditaciones*, traducción del P. Rivadeneira)